

Por MANUEL  
VIRASORO S. J.

# el cristianismo en un libro de Murena

**E**L título que hemos escogido para nuestro artículo indica claramente los límites del mismo. No pretendemos hacer un análisis y crítica del libro de Murena "Homo atomicus". Nuestra intención es delinear y valorar la imagen del cristianismo que Murena en él nos ofrece. Disentimos con el cuadro del cristianismo que se nos traza y disentimos con el juicio de caducidad del cristianismo que se formula en consecuencia. Nuestro disentimiento es pues radical en cuanto al cristianismo se refiere, pero de ninguna manera lo hacemos extensivo a numerosas observaciones agudas que Murena hace con res-

pecto al comportamiento de los cristianos y aún a la concepción que muchos cristianos pueden haberse hecho y aún se hacen del cristianismo. Con nuestro disentimiento salimos al encuentro de los deseos de Murena, que se profesa en busca de lectores que sepan disentir.

El plano en que pretendemos colocarnos es el del diálogo. Porque sería lamentable, considerar a "Homo atomicus", aun en la parte que nos concierne, como algo enteramente negativo. Y no es enteramente negativo porque Murena se nos ofrece en su libro como un pensador penetrante que tipifica a muchos hombres de nuestro tiempo en su visión

del cristianismo. En "Homo atomicus" toman cuerpo y expresión muchas de las dificultades sordas que en varias partes del mundo se experimentan frente a la realidad cristiana. No es negativo porque muchos de sus análisis y consideraciones concuerdan, si no totalmente, al menos en parte, con las de un Bultmann en Alemania, y un Toynbee en Inglaterra, por no citar sino dos nombres representativos. Y no sería quizá, errando el pensar, que muchas de las deformaciones con que Murena presenta el cristianismo, se hallan secretamente en la visión cristiana de numerosos católicos.

Murena piensa ciertamente que no se trata de nuestra infidelidad práctica a las exigencias cristianas. Su crítica no se ejerce acerca de lo que los cristianos hacemos por error, debilidad o infidelidad. No es al cristianismo, en cuanto imperfectamente vivido por los cristianos, al que pretende declarar caduco. En ese caso, la crítica se dirigiría contra nosotros que bien sabemos cuánto la merecemos. Lo que según Murena está caduco, porque es una etapa superada y porque se ha cumplido ya definitivamente, es el cristianismo en sí, la realidad misma cristiana. Y como esa realidad cristiana es, en última instancia, Cristo, es Cristo mismo quien es declarado caduco y aun muerto.

En nuestra mentalidad ambiente puede parecer extraño que se acepte el diálogo con quien pretende demoler el cristianismo. Se piensa que en esos casos no tenemos nada que ganar y sí mucho que perder. Pero esto supone que todo crecimiento de la conciencia cristiana debe realizarse en el aislamiento de toda influencia exógena, actitud que es con-

tradicha por la historia y por la condición social del hombre. Además, se halla allí subyacente una falsa concepción del diálogo. Dialogar no es en modo alguno renunciar a nuestro universo de verdad para plegarnos al de nuestro adversario. Dialogar es enriquecernos con las perspectivas que otro nos ofrece y que por ser reales deben integrarse en nuestra marcha hacia la verdad. Nunca nos repetiremos suficientemente, que no podemos poseer la verdad sino en la medida en que nos dejemos poseer por ella y cedamos a ese dinamismo que rompe todos nuestros esquemas para hacernos abrazar la realidad total.

#### • UBICACION DE "HOMO ATOMICUS"

Previamente a cualquier consideración hemos de situar con toda claridad el libro de Murena y tomar conciencia del alcance que en la intención de su autor tiene. Porque no se trata de un libro de tesis sino de una serie de ensayos donde el autor se plantea diversos interrogantes acerca de algunos modos fundamentales del existir del hombre, sólo que los interrogantes están planteados en forma de afirmaciones. Esto podría parecer ilegítimo en primera instancia. La interrogación es en efecto una búsqueda de la realidad y la afirmación una expresión de la misma. Pero se dan también esas afirmaciones provisorias que se llaman hipótesis. La ciencia se sirve constantemente de este proceder para hacer fermentar la masa de hechos en bruto y permitir su asimilación por la men-

te. Tal es el proceder de Murena que nos habla de su libro en la dedicatoria como de "*estas hipótesis*".

Por otra parte, el autor declara haber usado un método asistemático, vale decir, que no busca una exposición ordenada de elementos materiales e inmatriciales dependientes los unos de los otros y de los cuales el uno conduce al otro por una secuencia lógica y a menudo por una consecuencia necesaria. Con esto indicamos las dificultades de presentar ordenadamente un pensamiento que no aspiraba al sistema. Pero la parte dedicada al cristianismo, está expuesta con suficiente conexión como para permitirnos hacer una síntesis de la misma. Creemos haber captado suficientemente el pensamiento de Murena y aún nos arriesgaremos, para evitar las continuas citas, a presentarlo con nuestras propias palabras.

### • REALIDAD DEL HOMBRE

El hombre se presenta súbitamente en la evolución zoológica. Su aparición explosiva es la aparición de la conciencia en la línea animal. Con un símil geométrico Murena nos describe al animal como un círculo cerrado. "El animal está encerrado en el ciclo y los intereses de su vida vegetativa". Vale decir que el animal no problematiza su propia existencia ni sabe que ha de morir. El hombre en cambio es un círculo dramáticamente abierto. "La originaria circunferencia intacta del animal ha sido privada en el hombre de un segmento". A través de dicho segmento, en el que no hay nada, ha surgido el pensamiento del hombre. El hombre percibe su existencia

como problemática, precisamente porque al caer en la cuenta de su ser percibe su no ser.

No podemos dejar de señalar la similitud de este planteo con los análisis existenciales de Heidegger. El lenguaje puede ser diferente, pero también Heidegger nos señala que el hombre (*Dasein*) no coincide nunca con su ser. Ambos vienen a decirnos que el hombre no se agota en lo que es ya, sino que es, asimismo, lo que debe ser, y que aún no es. Vale decir que la nada, lo que todavía no es, se halla incrustada en la existencia del hombre. Esa *nada* es para Murena *carencial*, un distanciamiento de la plenitud del ser constitutivo de lo humano.

Heidegger nos dice que el hombre es capaz de problematizar su ser precisamente porque se halla en "la luz del Ser" (*die Lichting des Seins*). Murena va mucho más allá y nos dice que esa *nada* "es Dios que se halla como una herida vivificante en el centro más hondo de cada humano" (p. 166). Con ello se nos señala que Dios es el objeto de una tendencia constitutiva del hombre, en cuanto el hombre tiende constantemente a cerrar ese segmento de nada que se abre como una brecha en su ser.

### • EL MAL

El mal es, precisamente, esa distancia respecto a Dios, "alejamiento de la creatura respecto al creador, y, a la vez, una provocación a que lo anulemos, a que restañemos tal separación, un llamado a ser" (p. 170).

Es importante tener en cuenta esta no-



ción fundamental del mal porque de ella se deriva la crítica que Murena hace en gran parte al cristianismo. Se trata de un mal ontológico, de una deficiencia incrustada en el ser del hombre antes de que éste haga uso de su libertad. No es por ello un mal moral. Murena nos dice claramente que el mal es distancia y no entidad, una carencia. Es una distancia insalvable que existe entre el *corazón central* y Dios. El corazón central es "el simultáneo amor y conocimiento y querer unánimemente total de todo lo que cada creatura posee en forma innata" (p. 164). Por ello se equivoca Paita cuando en su crítica, publicada en *La Nación* del 4 de marzo, identificaba a Dios con el corazón central. Es cierto que para Murena Dios está propiamente en el centro de la creatura, pero sin identificarse en modo alguno con el corazón central. Hay un abismo, "una insalvable separación íntima entre la creatura y su propio centro que es el Creador" (p. 168). Y este abismo es el que constituiría "la realidad a la que aluden las diversas religiones con los mitos referentes a un pecado original del hombre".

### ● EL COSMOS

Ese abismo al que nos hemos referido y que constituye la culpabilidad fundamental y ontológica, señala también el punto de referencia último en relación con el cual se estructura la vida de cada creatura (p. 168). El primer intento del hombre para cubrir la brecha abierta es el de la estructuración de su *ego* que no es otra cosa que el psiquismo en cuanto opuesto a lo ontológico. Lo que en el corazón central se hallaba como

totalidad indiferenciada, pasa a constituir la psiquis mediante la cual el hombre entra en relación con el mundo. Esta psiquis pasa del estadio rudimentario y espeso hasta la diferenciación de las facultades (en el sentido tradicional) que llegan en su diferenciación hasta aparecer como hipostasiadas.

Con este psiquismo enfrenta el hombre al mundo y trata de organizarlo, de *cosmizarlo*. Para ello fija un centro del mundo en una operación que traduce en el plano del psiquismo su tendencia radical y ontológica hacia Dios. Ese centro del mundo reviste por ello un carácter de sagrado. Desde aquí se derivan el orden y las jerarquías que la vida humana exige. Su desaparición significa el retorno al caos del mundo homogéneo (p. 69).

### ● JUDAISMO Y CRISTIANISMO

Nos hallamos, pues, con una organización del mundo, centrada en un elemento simbólico mediante el cual el hombre procura adorar a Dios. La forma más primitiva sería la del culto de la naturaleza en la que el hombre reconoce una fuerza superior a la que procura aplacar. De allí el hombre pasaría al símbolo de lo sagrado que brilla en la comunidad particular en que debe vivir. Y después del reconocimiento de lo sagrado en la comunidad se acercaría al individuo en el símbolo del Dios encarnado y hecho individuo (p. 149 ss. y 259).

Cristo representa así el avance de Dios hacia la interioridad del hombre (p.

150). Y estas etapas generales hacia Cristo se realizan en el seno del Judaismo a través de la adoración del espíritu tonante de un volcán local y más tarde de un Yahvéh de cariz inhumano comparable a los dioses zoomórficos de los egipcios, minoicos, etc. hasta alcanzar un antropomorfismo sin precedentes con la revelación del Dios-hombre que es Cristo. Se pasa así del geomorfismo, al zoomorfismo hasta el antropomorfismo, con lo que se va logrando una creciente espiritualización del nombre de Dios. Sin embargo, esa marcha de Dios hacia el hombre no se detendrá mientras no se descubra que lo último y absoluto no son los nombres con que los humanos llaman a Dios sino Dios mismo. Y a Dios sólo podremos alcanzarlo en una etapa transantropomórfica (p. 261). Así nos llegaríamos a la creencia pura en el Espíritu Santo que nos fue dado en nuestros corazones. Esto significaría una más profunda interiorización de Dios porque entonces lo hallaríamos no en otro hombre (Dios), sino en nosotros mismos, en ese hálito central que es nuestra raíz esencial, pero que es, a la vez, más que nosotros mismos (p. 262).

De esta suerte, nos encontraríamos con que la desaparición de las Iglesias sería un hecho como consecuencia de haber encontrado cada ser humano a Dios en su intimidad, sintiendo con intensa verdad, desconocida hoy, que es plenamente hijo de Dios (p. 263). Dios será entonces reconocido en todos y será "todo en todos". El rostro final del hombre será el rostro del amor, cuando los hombres conquisten la capacidad de experimentar por sus semejantes un auténtico y profundo sentimiento de hermandad

que permita vencer cualquiera de las superficiales diferencias que ahora parecen insalvables (ps. 27 y 93).

## • ERRORES DEL CRISTIANISMO

El cristianismo ha cometido el error de declararse la religión definitiva cuando en realidad se ha alzado como un obstáculo en el camino de la creatura hacia un mayor acercamiento hacia Dios. Ha sido, sin duda, una iluminación superior a las anteriores, pero se ha instalado en la zona del psiquismo, de esa superficie de la creatura que se interpone entre su interior profundo y el resto de lo creado. De allí que haya desfigurado las verdaderas dimensiones del mal radical que aflige al hombre y se haya centrado en una especie de maniqueísmo dando al mal una entidad, ya sea identificándolo con el cuerpo, ya sea identificándolo con los actos pecaminosos que el hombre debe expulsar de sí por el arrepentimiento. Esa mutilación o expulsión del mal que el cristianismo demanda por haberse detenido sólo en el psiquismo, oculta la realidad profunda de que el mal no es entidad sino distancia, separación y alejamiento radical de Dios. El mal sólo podemos *salvarlo* cuando nos damos cuenta de que es distancia y llamado a ser (ps. 174 y 175).

La caridad misma no es sino un intento de reparación psíquica del desgarramiento que la cruz ha acentuado al clavarse en la psiquis, vale decir que es un intento superficial de reparar en el nivel epidérmico del psiquismo la distancia ontológica del mal radical (página 176).



La fe del cristianismo es también una fe superficial y su pugna con la razón es un índice incontrovertible de que se mueve en el orden del psiquismo diferenciado. En cambio la fe auténtica, la fe del corazón central es esa arrojada forma de entrega a la nada central mediante la cual se descubre que dicha nada es en verdad Dios. Esta fe no puede depender ni del sentimiento, ni del intelecto, ni de la voluntad (p. 177).

El arrepentimiento y su secuela la confesión vendrían a expresar la impotencia para hacer frente al mal radical de la separación de Dios y la ilusión de cubrir esa distancia cuando sólo se rechazan algunas manifestaciones de la misma (p. 180). En lugar de lanzarse el hombre para cubrir la distancia que lo separa de Dios se dedica a paralizar o expulsar la zona del ego o los hechos del ego a que se atribuye la culpa.

### ● CRITICA VALORATIVA

No hemos dicho todo lo que Murena expone acerca del cristianismo, sobre todo en lo que se refiere a su actuación histórica y las influencias que ha ejercido para llevar el mundo a la situación en que hoy se encuentra confrontado con la desacralización que conducen al caos o al nihilismo. Creemos, sin embargo, haber sido fieles en la exposición de su pensamiento y haber comunicado una idea de lo que Murena entiende por el cristianismo. Sólo nos queda señalar las deficiencias de su construcción e indicar las razones fundamentales de estas deficiencias.

### ● OLVIDO DE LA HISTORIA

Murena nos habla de Dios como de un polo de atracción constitutivo del existir humano, una dimensión necesaria y fundamental del quehacer humano con respecto a la cual el hombre ha de organizar el mundo de la naturaleza y los hombres.

Pero en la concepción de Murena la intervención de Dios en la historia humana no es otra cosa que la historia de la simbología por la que el hombre ha procurado representarse a ese polo distante que lo reclama continuamente. Es el hombre quien escoge los símbolos y en esta elección retiene la iniciativa, aunque sea el polo de Dios quien lo impulsa a la misma.

La consideración del cristianismo como símbolo dependiente en su constitución de la voluntad de los hombres, olvida uno de los elementos fundamentales de la religión de Cristo. En el cristianismo no es el hombre quien se representa a Dios sino Dios quien toma la iniciativa de presentarse al hombre. Cristo se proclama como el enviado del Padre. Y los Evangelios como la Biblia entera no son otra cosa que la historia de las iniciativas de Dios que habrán de consumarse en Cristo.

Por ello es muy certera la crítica que hace Martin Wight a la concepciones de Toynbee en el volumen VIII del "Estudio de la Historia". Allí no señala, en efecto, ese crítico que el cristianismo es ante todo una realidad *histórico-teológica* y sólo, posteriormente, *Teológico-filosófica*.

Pero Murena pasa por alto el hecho de la historicidad de Cristo. Le interesa tan poco que la liquida sumariamente apelando a la llamada "crítica de las fuentes" (Quellenkritik) en la suscita exposición que de ella hace Toynbee. Es cierto que luego, aun admitiendo la falta de pruebas de la existencia histórica de Cristo, va a recuperar ésta por el camino indirecto de los efectos causados en la historia humana. Pero esta recuperación queda marcada, como dice Murena, con el título de mera *hipótesis explicativa*.

Con esta actitud Murena nos ha escarnoteado el Cristo real e histórico para dejarnos sólo con la concepción que de Cristo se han hecho las generaciones posteriores. Pero al hacer esto ha falseado todo el cristianismo porque lo que hace que éste no sea un mito ni una filosofía ni aún una pura teología es esa conexión del hecho real y concreto con la idea, en la unidad de una persona real, histórica a la que no se llega sino por el camino de la historia y del testimonio.

No podemos detenernos aquí a responder a las dificultades sobre la historicidad de los Evangelios tal cual Murena las toma de Toynbee. Creemos mejor hacerlo presentando toda la problemática en un próximo artículo. Pero no es tanto la falta de espacio como el escasísimo interés de Murena por asegurarse de la existencia de Cristo lo que nos mueve a postergar ese estudio.

### • EN EL JUDAISMO

Esta negligencia de Murena frente a una realidad de las intervenciones de

Dios independientemente de la concepción de los hombres, se hace patente en el tratamiento de la religión del pueblo escogido. Aquí no sólo se descuidan las fuentes sino que se demuestra una ausencia total de perspectiva histórica. Se nos habla, en efecto, de las concepciones judaicas como pasando del geomorfismo al zoomorfismo para llegarse al antropomorfismo. Pero toda esta exposición se funda en la ignorancia no sólo de los géneros literarios de la Biblia sino aún del lenguaje disponible a los autores bíblicos.

Murena parece no tener conciencia alguna de los esquemas espaciales y temporales, condicionados por situaciones históricas concretas, de que disponían esos pueblos. Parece no darse cuenta de las posibilidades del lenguaje sensible para expresar y envolver riquezas de un orden metasensible. Y sin embargo, diremos aun hoy en día: "me has herido en lo más profundo" o "has destrozado su corazón" o "le he clavado una espina en lo vivo", y todo para expresar realidades espirituales.

La realidad humana y religiosa que el lenguaje bíblico procura expresar no agota su significación en el nivel de lo sensible espacio-temporal. Sin cesar de ser empírica, expresa una dimensión de trascendencia. Así se habla de la unicidad de Dios como de los "celos de Dios", queriendo dar a entender que Dios no acepta otro dios a su lado. Y nos referimos a la "ira de Dios" sin pretender atribuir a Dios una pasión humana. Los hebreos hablaban así conscientes de que apartarse de los caminos de Dios iba en detrimento del ser humano. Una somera



lectura de "Essai sur la pensée hébraïque" o "Etudes de métaphysique biblique" de Tresmontant hubiera salvado a Murena de cometer muchos errores.

### • DIOS SILENCIOSO

Uno podría preguntarse el por qué de esa negligencia de Murena ante la realidad histórica. Y la respuesta es que si bien en Murena falta la exposición sistemática y ordenada, se halla muy vivo el espíritu de sistema. Toda su construcción depende en efecto de una premisa que es el silencio de Dios. ¿Qué pasaría, en efecto, si acepta que Cristo es una realidad histórica, en la que Dios toma la iniciativa de hablar a los hombres? Pues, sencillamente, que toda la construcción de Murena se derrumbaría de un golpe. La elección de los símbolos religiosos no quedaría ya librada al juego de una conciencia autónoma. Porque allí donde Dios señala los caminos que conducen a El, el hombre debe aceptarlos en la adoración bajo pena de extraviarse definitivamente.

Asimismo, sería necesario señalar, que cuando Dios habla, comunicando un mensaje, como ocurre en los Evangelios y en todo el Nuevo Testamento, no podemos hacer interpretaciones a nuestra guisa de algunos textos extraídos del contexto. Esta simple consideración hubiera salvado a Murena de la interpretación errónea que da al *logion* "quien no está conmigo está contra mí" que figura en San Mateos y San Lucas, contrapuesta al de "pues quien no está contra nosotros, con nosotros está". Pero en verdad fue Re-

nan el primero en cometer ese error de ver dos actitudes contrapuestas de Jesús con respecto a los Judíos. Si se mira en cambio el contexto, se verá que se trata de dos situaciones muy diversas. En una son rechazados los que se oponen a Jesús y en otra se dice que no sólo los discípulos declarados de Jesús son los partidarios de Jesús. Es como si quisieran pescarnos en contradicción porque un día dijimos: "abre la puerta" cuando otro día dijimos: "cierra la puerta".

### • PRESENCIA DE DIOS

En la concepción de Murena Dios aparece como el polo distante que juega un poco el papel del motor inmóvil de Aristóteles. Atrae a las creaturas sin avanzar hacia ellas por sí mismo. El Dios del cristianismo que se hace presente en Cristo Jesús, toma, como hemos dicho, la iniciativa. Y esto hace que los hombres no deban tender hacia El a lo largo de la marcha histórica. Su irrupción en la historia de los hombres nos muestra y realiza el pleno sentido que tiene nuestra vida humana. No marchamos hacia Dios en una línea horizontal. El mensaje cristiano nos dice que en cada momento de la historia los hombres están enfrentados con Dios y que acceden hacia El en la medida en que consienten a las solicitudes que en todo momento Dios les dirige. La historia no es solamente un lugar en que se suceden las generaciones en procura de un mayor acercamiento de Dios. El cristianismo al revelarnos el sentido de nuestra existencia histórica nos dice que ésta es el lugar en que Dios nos sale al en-



cuentro cualquiera sea la situación en que nos encontremos y que no hay obstáculos que puedan impedir nuestro encuentro si nosotros lo deseamos como El ha mostrado que lo desea.

El arrepentimiento cristiano no es un rechazo de los actos que pecaminosamente pudimos cometer. Lo que él pretende es que reanudemos ese contacto actual con Dios al que nos negamos cometiendo el pecado. No busca que rechacemos un acto sino esa orientación de nuestro ser contraria a Dios que nos hizo cometer el pecado. Pero al reentablar nuestro encuentro, cediendo a una invitación constante de Dios, debemos hacerlo aceptando el hecho de habernos vuelto antes contra El.

### • EL MAL

Para nuestro autor, el mal radical del hombre es ontológico, es decir constitutivo de su ser mismo; anterior y al origen de las defecciones voluntarias que constituyen el mal moral. Y el pecado original no sería otra cosa que la transcripción, en el plano del psiquismo y el lenguaje mítico de las religiones, de esa íntima deficiencia ontológica. El mal es esencialmente esa distancia ontológica que separa al hombre de Dios.

Hay aquí un pesimismo radical totalmente contrario al cristianismo. También éste sostiene, sin duda, que el mal es distancia que nos separa de Dios. Pero es la distancia que la persona humana ha querido poner por una libre elección contra el llamado divino. Porque el cristianismo no ve en modo alguno una mal-

dición en aquello que nos hace hombres. Y aun admitiendo la deficiencia ontológica del hombre, no ve un mal en que no seamos Dios sino creaturas. La finitud sólo se vuelve un mal para el rebelde que se niega a aceptar su condición y se empeña en rechazar como un destino abrumador aquello que funda su ser. La visión de nuestro ser de creaturas es en el cristianismo plenamente optimista porque es la señal de que Dios debe volcarse cada instante hacia nosotros para sostenernos en la existencia.

Y Dios que tomó la iniciativa de crear-nos, ha tomado también la iniciativa de invitarnos a su intimidad. El mal comienza cuando el hombre rechaza esta invitación pretendiendo eliminar a Dios y bastarse a sí mismo. Pero es precisamente Cristo, preparado por todas las intervenciones de Dios en Israel, quien nos dice que, a pesar de todo, la invitación sigue en pie y seguirá pulsando con cada latido del corazón humano mientras exista un hombre en este mundo.

Estamos de acuerdo con Murena en que se ha caído, a veces, en el exceso de hipostasiar nuestras facultades, tratándolas como entidades que se substituirían al ser mismo del hombre. Pero si rechazamos esa concepción errónea de los dinamismos humanos y volvemos del olvido de que era todo el hombre quien se expresa en ellos, no podemos negar esos dinamismos. El hombre es un ser que en medio de sus deficiencias ónticas posee el poder inmenso de dialogar con Dios. Y este poder que le permite consentir libremente a la invitación gratuita de Dios, es lo que llamamos voluntad.

Se trata, pues, de algo radical y ontológico que no puede confundirse con cualquier producto epidérmico de defensa.

● CONCLUSION

Murena ha estado, sin duda, animado de muy buenas intenciones, pero mucho tememos que haya acrecentado la situación caótica contra la que él nos previene. Esta situación caótica proviene, en efecto, según Murena, del abandono de los auténticos valores y uno de los mencionados es el de la verdad. Al ceder a la prisa por realizar una síntesis armónica de pensamiento, se ha olvidado de que debía poner ese pensamiento al servicio de la verdad. Esto le hubiera producido quizá, el dolor de romper sus esquemas, pero le hubiera permitido el gozo de acercarse a la luz y ser fecundo permitiendo que tras sus pasos, muchos otros también lo hicieran.

"Homo atomicus" nos parece, más que un título designando al hombre del interregno contemporáneo, una inconsciente confesión de la situación intelectual del autor. Murena ha pensado, un poco desvinculado no sólo de las generaciones pasadas sino también de las actuales. Ha mirado a los hombres desde fuera y los ha incluido en una corriente de pensamiento solitaria que los desfigura.

Dijimos antes que en Murena resonaban muchas voces contemporáneas. Y no nos desdecimos. Sólo lamentamos que se las haya utilizado para enriquecer un pensamiento que no les ha sido fiel.